



Carolina - Dafne  
Alonso - Cortés



Ilust. Ayuntamiento de



# LA AVENTURA INCREIBLE

Carolina-Dafne Alonso-Cortés

# LA AVENTURA INCREÍBLE

Premio “Juan Valera” del Ayuntamiento de Cabra (Córdoba)

&&&&&&&

LIBRO PRIMERO: AMANECER

LAS ISLAS

Yo, señores, nací en Sevilla. No tuvo mi madre en mi preñez antojos ni revelaciones y salí de su vientre sin más complicaciones que las porquerías corrientes en que todos nacemos arrebuados. Me crié como todos los niños con teta, mocos, lágrimas y caca; escapé de las viruelas, el sarampión y las postillas sin ninguna lesión en mi cuerpo. Entré en la escuela a los diez años y, cuando hacía algo derecho, los maestros decían que lo había hecho con ayuda del diablo, pues siempre aborrecí el estudio.

Salí de la escuela a los catorce recién cumplidos, pero con aspecto de dieciséis o más, leyendo sin saber lo que leía, formando letras claras y gordas pero sin hermosura. Por entonces mi madre permanecía soltera y seguía a su edad su brillante carrera de buscona, así que nunca me faltó de comer. Pero un día advirtió que le faltaban algunas cosillas y con razón sospechó de mí, por lo que me puso de patas en la calle sin tener en cuenta que me había parido sin que yo se lo pidiera

Decían mis paisanos de Sevilla que un extranjero llamado Cristóbal Colón había dado a los reyes cierta información sobre las Indias y pretendía que lo enviaran allá como delegado. Supe que iban a salir tres navíos del puerto de Palos y sin encomendarme a Dios, que pocas veces lo hacía, decidí embarcar como pudiera para marchar allá. Salí al caer el sol y caminé toda la noche, por tierra tan cálida que no se podía andar durante el día. Anduve montaraz y después de algunas vicisitudes llegué a Palos.

Oí hablar a los hombres del viaje que se avecinaba y del piloto que llevaban, que al parecer era bueno y los llevaría a buen fin. Los acompañaban un médico y un cirujano, un judío converso para que les sirviera de intérprete y hasta un boticario que había embarcado el tal Colón para que reconociera las plantas útiles. Llevaba también a cuatro delincuentes, pero ningún soldado ni tampoco religioso alguno. Tan sólo viajaban marineros, que habían cargado víveres y enseres para todo un año. Por entonces había terminado el plazo para la expulsión de los judíos y salían a la vez que ellos.

Supe en ese poco tiempo muchas cosas acerca de Colón, a quien los reyes habían nombrado Almirante. Había nacido en Génova, hijo de un tabernero, navegando primero como grumete y más tarde como marinero en barcos portugueses. Tenía pocos estudios, pero sabía algo de números y escribía muy bien. A los veinticinco años había visitado Inglaterra con una expedición; habiendo sido atacado su navío por un barco corsario francés se había lanzado al agua con otros compañeros, llegando a nado a la Península de puro milagro. Al parecer encontró una tabla en el mar y se agarró a ella, guiado por el viento y las olas, sin comer ni beber. Lo recogieron quebrantado y enfermo por el mucho esfuerzo y se estableció en Lisboa con un hermano suyo llamado Bartolomé. Allí se ganaba la vida trazando cartas de navegar;

habiendo viajado a la Guinea portuguesa, dicen que también se dedicó al tráfico de esclavos.

Oí contar a ciertos marineros que cuando se afincó en Portugal era ya hombre hecho y derecho; que hablaba de las tierras por descubrir como si las llevara escondidas dentro de su arca. Creía en la redondez de la tierra como en artículo de fe, y en que había muy poca distancia hasta las Indias. Estando en Portugal se casó con una señora de mucho copete, cuyo padre había sido gobernador en una isla portuguesa y guardaba muchos y muy buenos escritos sobre viajes. Algunos maliciosos aseguraban que el yerno los leyó y supo por ellos que flotaban maderas labradas en el océano; y en una ocasión las aguas trajeron un bote de poniente, que llevaba hombres distintos de nosotros. También decían que, viviendo Colón en la isla portuguesa de Madeira, llegaron unos barcos con unos marineros moribundos. Acogió al piloto en su casa y, antes de morir, él le mostró en un mapa unas nuevas tierras que habían visto. Según dijeron, el Almirante había tenido un hijo de su matrimonio, a quien llamó Diego, y era el único legítimo que tenía.

Al parecer se dirigió Colón al rey portugués, quien rechazó su idea de viajar a las Indias por el occidente. Por entonces ya había muerto su esposa y él navegó secretamente a Palos, llevando con él a su hijo pequeño. En el convento de la Rábida le dieron los frailes hospitalidad y se ocuparon de su niño. A la luz de una mecha alimentada con aceite estuvo tratando de su viaje con un fraile astrólogo llamado fray Antonio de Marchena y pasados quince días lo trataban como a uno de ellos. Dicen que poco después conoció a una cordobesa de modesta cuna llamada Beatriz, de la que tuvo a su hijo Fernando.

Se ganaba la vida Colón haciendo mapas y vendiendo libros al tiempo que el fraile trataba con la reina Isabel de su soñado viaje. Pero andaban los reyes de Castilla tan ocupados con la guerra de Granada que la reina ni se cambiaba de camisa, así que tuvo el marino que aguardar muchos meses a que lo recibieran. Era de buena estatura, el cabello rojizo, amable cuando le parecía, pero si le llevaban la contraria podía ponerse muy furioso. Nunca hablaba de su vida pasada, por lo que decían algunos que había gobernado un barco pirata. Por fin los reyes le concedieron audiencia; no sólo eso, sino que lo nombraron Almirante de las tierras que descubriera, empeñando la reina sus joyas para costear este viaje.

Volviendo a lo mío, diré que me fui al muelle para embarcar y busqué un tonel entre los muchos que allí había. Lo destapé, no sin trabajo, y vi que iba lleno de aceitunas negras. Muchas las eché al mar para dar alimento a los peces, pero guardé para mí una buena cantidad. Entré en el tonel, con alguna ropa de abrigo que llevaba para protegerme de la humedad y lo que había podido hurtar en el pueblo para comer. Encajé de nuevo la tapa y, como era noche cerrada y estaba rendido del camino, pese a lo incómodo de la postura me dormí como un tronco. Yo no conocía el miedo, no por valentía de ánimo, sino por mi mala cabeza; además, no me asustaban los ladrones, pues apenas tenía nada que me pudieran robar. Mi despertar fue como un terremoto: dí de cabeza con las tablas del bidón cuando me izaban y, después de haberme vapuleado, me depositaron en un lugar que olía peor que las letrinas del infierno. Pero estaba contento de marchar a las Indias; decidí abrir bien las orejas y enterarme de todo, para a la vuelta dejar a mis vecinos de Sevilla con la boca de a palmo.

Apenas podía moverme en aquella estrechura; además sentía la borrasca de las tripas, pues no podía hacer mis necesidades. Deseaba salir cuanto antes, pero aguardé a estar lejos de tierra para que no pudieran desembarcarme. Confiaba en el buen corazón de aquellos marineros y que no darían con mis huesos en el fondo del mar. En cuanto a mi dificultosa situación, diré que de día todo era negrura y de noche tinieblas; la distinguía porque, después de la cena, llegaba un paje que al parecer llevaba una luz al puente de guardia, diciendo:

-”Dios nos dé buena noche, buen pasaje haya la nao y buena compañía, amén”.

No digo más, sino que muchas veces me llegaba la mierda al ojo del culo y volvía dentro como cabeza de tortuga, de forma que pensaba yo que tendría que sacarla después con ayudas y lavativas. Llevaba varios días sin probar el agua y tenía el paladar y encías levantados, por lo que no hubiera podido hablar aunque quisiera. Estando en aquella oscuridad, de vez en cuando oía la voz de un joven que gritaba:

-”Bendita sea la luz y la santa Vera Cruz,  
el Señor de la Verdad y la santa Trinidad”.

Luego la misma voz rezaba el padrenuestro y el avemaría; así durante varios días, hasta que no pudiendo más salí una noche del vientre de ballena en que estaba. Fuera hallé a la gente durmiendo y caminé por la cubierta que era estrecha por delante y ancha por detrás, con su castillo de proa. Después de haber descargado en el mar mis necesidades bebí de un barreño y cogí una hogaza de pan, volviendo a donde estaba antes. Mas como el mar estaba alborotado comencé a decir bac-bac, luego boc-boc, y a lanzar por la boca todo lo que había comido y bebido. De forma que me encontré con mal olor, con todo el cuerpo pegajoso y al mismo tiempo me sonaban las costillas en el cuerpo como piezas de ajedrez.

Acerca de los trabajos y angustias que pasé en el mar, no diré más sino que todos los pasaba llevando viento en popa y gran bonanza. No sé qué hubiera sido si encontramos corsarios, y más si hubieran llegado tormentas, pues supe que estaban los marineros temerosos de los corsarios que podían hundirnos y de la mar brava donde muchos se perdían. Oí que quería llegar el Almirante a Catay, que era la tierra del Gran Can por donde estaba la isla de Cipango, donde los palacios eran de oro puro, con perlas y piedras preciosas.

Una vez que pude superar mi mareo aprovechaba la noche para salir de la bodega, bebía un poco de agua y un mucho de vino y trataba de reposar estirado; me era fácil, pues iban junto a mí cubas de vino, así como tinajas de aceite y muchas cajas, jarras y toneles. Había bajo el piso de la bodega lo que llamaban la sentina, con un lastre de gravilla, y se colaba el agua produciendo una gran pestilencia y olor a podrido. Subían hasta mí los olores y a ello había que añadir la mucha suciedad que en mi cuerpo se había acumulado. Durante el día y la noche se hacían seis cambios de guardia y oía yo las voces de mando y los chirridos de las cuerdas y velas. Cada media hora, el grumete que estaba de guardia daba vuelta al reloj que llevaban para medir el tiempo y se le oía cantar a voz en grito:

-”La guardia cambia, el reloj se vuelve,  
haremos buen viaje si Dios quiere”.

A lo que el otro contestaba:

“Dios nos dé buena guardia, señores marineros,  
que ya es hora, leva, leva, leva”.

Parecía el barco un corral, pues iban animales vivos para alimento de la tripulación, además de caballos. Algunos llevaban sus propias gallinas, con lo que crecían el ruido y la peste; entre todos iba yo instalado en el tonel, pues no había lugar más seguro en la nave. Con todo, el primer tramo del viaje no fue malo; pero luego creció el balanceo y con él mis angustias. Viramos hacia el sur, luego hacia el sudeste, y oí decir que marchábamos hacia las Islas Canarias. Hicimos en tres días muchas leguas, hasta que un lunes oí que se le había desencajado el gobernario a una de las carabelas que se llamaba Pinta, donde navegaba un tal Martín Alonso Pinzón. No pudieron hacer nada desde nuestro barco para ayudarles, por lo que tomamos rumbo a Lanzarote.

Aprovechaba yo cualquier coyuntura para dejar mi escondrijo y estirar las piernas; me remediaba comiendo lo que podía y hasta me lavaba a escondidas. En cuanto oía ruido me volvía a mi

concha hasta nueva ocasión. Guardaban en la proa los cordajes, velas y otras herramientas y aparejos marinos; allí se acomodaban los hombres como podían, que era como sardinas en banasta. Enrollaban por el día los ajuares de dormir y de noche los estiraban. Debajo de un toldo iban los cofres de los oficiales con los baúles de algunos marineros y al lado las esteras y jergones de la tripulación. Y si alguno se moría en el camino, como luego pude comprobar, la estera le servía a su dueño de mortaja.

En mis salidas nocturnas no hallaba mucho espacio en la cubierta principal. Caminaba con tiento entre la artillería y las velas, sorteando las bombas de achique con que sacaban las aguas que se colaban en la sentina. Había un fogón donde se hacía fuego y cocinaban, y botes tirados en cubierta, atados con cuerdas a la popa, en cuyo borde sujetaban las anclas. Ponían un farol bien arriba en el extremo de popa, con lo que los otros barcos podían distinguir por la noche a nuestra nao, que era la capitana. Los sábados, las oraciones eran más solemnes y dos grumetes leían la doctrina cristiana. Había cantos y letanías; se entonaba con mucho desconcierto la Salve, pues más que música parecía aquello un huracán. Al final, el grumete que hacía de monaguillo, decía.

“Amén, y que Dios nos dé buenas noches a todos”.

Bajaron algunos a la isla de Gomera para recoger leña, carne, agua y todo lo demás. Por fin, un jueves que era seis de septiembre, nos hicimos de nuevo a la mar con las tres naves. He de decir que llevaba yo más de un mes viviendo en la grillera, pero ya salía a menudo y, según parecía, me tenían por uno más de la tripulación. Tuvimos los vientos en calma y poco que contar, aunque algunos se maliciaban que contaba el Almirante menos leguas de las que hacíamos, para que la tripulación no se desanimara. Y dijo un marinero que no era fácil engañarlo a él, pues sentía las leguas en su pellejo. Llevaba el Almirante orden de navegar hacia occidente y atravesar el mar Atlántico. La nao Santa María era la menos ligera y su dueño se llamaba Juan de la Cosa. Las otras dos eran carabelas: era Martín Alonso Pinzón capitán de la Pinta, y de la Niña su hermano Vicente.

Estaba yo muy confiado hurgando en un cajón de pasas, llenándome los bolsillos con ellas, creyendo que iba solo en la bodega. De pronto sentí en el cogote una mano que más parecía un martillo, que me heló la sangre en las venas. Antes de que pudiera rebullir me agarraron del pelo y me volvieron en redondo, viéndome ante un hombrachón que era casi un gigante. Llevaba puesto un bonete, calzas marineras y pantuflas de corcho; tenía las orejas y los carrillos colorados y la piel de su nariz parecía la de una naranja, llena de agujerillos. No tenía muchos dientes y los que vi eran mal ordenados y negros; en cuanto a las manos, las tenía tan grandes que hubiera podido descalabrar al más pintado de un manotazo. Comencé yo a gritar y a pedir confesión y, como no me soltaba, para ganar tiempo le dije:

-”Señor, no tengo el gusto de conoceros, y me gustaría saber vuestro nombre”.

El hombre soltó una risotada. Pensé que me echaría al mar o me denunciaría al Almirante, pero en cambio comenzó a hacerme más preguntas que un maestro de escuela. Pareció conformarse con la explicación que le di, y como yo me revolviere intentando soltarme, me espetó con voz de trueno: “Muchacho, eres tan inquieto que va a ser conveniente caparte”. Yo le supliqué, hincado de rodillas y hechos mis ojos dos fuentes de lágrimas, que tuviera lástima de mi juventud y no me privara de mis atributos; que cuando llegara a la vejez, le daba permiso para que lo hiciera. El se volvió de espaldas para que no lo viera reír y salí de aquel trance tan quieto y obediente que parecía aprendiz de ermitaño.

Me tomó el hombrachón como criado suyo, con tal que nunca lo contrariase ni le contara a nadie cómo había llegado hasta allí. Díome permiso para comer junto al fogón en el suelo, como los moros, o sobre las rodillas como las mujeres. Resultó ser el cocinero de la nao y hombre que se había criado en la mar. Para no marearme ni vomitar, aconsejaba que me pusiera un papelillo de azafrán cerca

del corazón y estuviera quieto echado en una tabla durante el fragor de la tormenta. Así podía estar seguro de que no se revolvería el estómago ni se me iría la cabeza. Me presentó a un marinero a quien apodaban el Cojo, porque lo era, y me dijo que era buen conocedor de hierbas y hechizos. Mostró el cocinero su equipaje, donde llevaba varias camisas limpias para no tener que lavarlas en el agua del mar. Era además despensero y guardaba en su valija tocino añejo y muy buen queso, además de cecina. Iba muy bien provisto de higos, pasas, ciruelas y almendras. Como no tenía yo taza ni jarra para beber, él me dio un cacillo de palo que solía usar en la cocina. Me honró su ilustrísima con grandes distinciones y al poco tiempo me llamaban todos para escuchar mis bromas. Aprendí pronto a cocinar, pues aunque trabajaba poco, el rato que ocupaba en las tareas me aprovechaba mucho.

Iba siempre junto a nosotros el Cojo, que además tenía un ojo bizco a fuerza de nubes. Cuando le pregunté de dónde venía, me dijo: “Mi tierra no la sé, ni por dónde camino, tampoco”. Cuando tomó confianza me contó que su padre era sastre y le enseñó su oficio, y de cortar chaquetas pasó a cortar bolsas. Dijo que en este oficio había hecho maravillas, pero que ahora iba tullido y muy alcanzado de dineros, porque en el juego no le iba bien. Yo le dije que no me espantaba, que todos tienen que ganarse la vida en este mundo, algunos hurtando. Entre dicho y dicho bebíamos de una bota que llevaba, de tal forma que en un cuarto de hora no tenía yo fuerzas para conversar, cayendo tan dormido como un gusano de seda.

Hacía lumbre el cocinero con leña y carbón; era el fogón una caja de hierro apoyada en trozos de madera y una capa de tierra para aislar el fuego de la cubierta. Unas mamparas lo preservaban del viento. Como era el fogón demasiado pequeño para toda la tripulación, se guisaba para los oficiales y cada cual se las ingeniaba como podía. Yo enseguida aprendí a sancochar y a adobar los potajes mejor que mi amo. Tomábamos el desayuno frío y hacia las once de la mañana se encendía el fogón para guisar el almuerzo.

Vimos un trozo de mástil que parecía de una nave muy grande; aunque mi nuevo amo estuvo a punto de poderlo alcanzar, por la poca ayuda que tuvo se le escurrió de las manos. Seguíamos navegando hacia poniente, las corrientes nos eran contrarias y murmuraban los marineros porque el Almirante nos ocultaba las leguas que hacíamos. Dijeron los de la carabela Niña que habían visto una garza y un rabo de junco; se puso la gente muy contenta, pues son aves que nunca se alejan mucho de la costa. Pero nosotros no vimos nada de eso y sí por la noche caer a poca distancia desde el cielo al mar como un ramo de fuego que nos dejó maravillados.

Pasaba yo gran parte del día con el Cojo, que además era mago, pues decía que desde niño conocía los astros y las señales de los cielos. Me contaba que cada planeta tenía su órbita particular, que los astros influían mucho en el nacimiento y el destino de los hombres. Para espantar los malos espíritus llevaba un perfume hecho de pimienta y hierbabuena; saludaba a la luna nueva con morisquetas y muchas ceremonias, arrojando al mar alguna cosilla para que la luna le concediera larga vida. Otras veces quemaba en el fogón unas hojas de laurel que llevaba escondidas, luego trazaba signos en el suelo y daba cabriolas, por lo que todos lo tomaban por loco.

Seguimos navegando en la misma dirección durante muchas leguas, aunque el Almirante contaba menos. Sobre todo por las mañanas era el aire muy húmedo; ahora, que se me había hecho el cuerpo a navegar, me parecía que fuera primavera. Vi flotando en el mar unas hierbas muy verdes y pensé que estábamos cerca de tierra, pues venían de poniente y parecían arrancadas de algunas peñas. Pudimos coger de entre ellas un cangrejo y se lo dimos al Almirante.

Ayudaban los grumetes a los marineros; yo con los pajes servía a marineros y grumetes,

además de a mi amo. Barríamos y fregábamos, aunque yo procuraba escaquearme. Los viernes y vigiliass comíamos habas guisadas con agua y sal, de postre una galleta, y un poco de vino más aguado de lo que hubiéramos querido. Era el agua del mar menos salada que cuando salimos de Canarias. Una mañana en que madrugué mucho pude matar un ave y se la llevé al cocinero; él me dijo que era señal de poniente y que la tierra no debía estar lejos. Había entonces una gran bonanza en la mar y lo mismo ocurrió durante varios días.

Vimos una mañana venir un alcatraz sobre la nave y divisamos a lo lejos una gran cerrazón de nubes que parecían estar sobre la tierra. Por la tarde pasó otro alcatraz y llegaron lloviznas sin viento. Iban las velas acampanadas y alzadas y era tan hermosa nuestra nave que daba gusto verla. Tenía tres mástiles, sus dos castillos y su puente de mando en popa. Viajaban noventa personas entre los tres navíos, contando a los muchachos; eran en la nuestra cuarenta y conmigo cuarenta y uno.

Logré tomar en la mano un pájaro parecido a una garza, pero con los pies de gaviota. Llegaron al anochecer varios pajarillos cantando, y un día que era viernes había en el mar tal cantidad de hierbas que parecía sembrado de ellas. Estaba el agua tan llana como en un río y eran los aires los mejores del mundo; yendo en estas cosas vimos una ballena, por lo que ya no dudó nadie que estábamos cerca de tierra.

Por entonces yo había hecho amistad con el piloto que me mostró el astrolabio, así como la aguja y el cuadrante. Dijo que eran de hierro dulce las agujas que marcaban el rumbo y, como perdían pronto sus buenas propiedades, llevaba un imán para cebarlas. Era éste tan sabio en las cosas del mar que el capitán sólo tenía que mostrarle el derrotero. Después del piloto venía el contra maestre, que hacía cumplir las órdenes del capitán y se ocupaba de las maniobras. También me hice amigo suyo; me gustaba acompañarlo cuando dirigía el oreo de las velas y el achique de la sentina y él me ordenaba que no dejara apagar el fogón a la puesta de sol.

Había ya muchos cangrejos en las hierbas, y muchos pajarillos y aves blancas. Pero la gente murmuraba porque no llegábamos a tierra. Hablaba muchas veces el Almirante desde nuestro barco con Martín Alonso Pinzón, que iba en la Pinta, y discutían sobre una carta donde estaban pintadas unas islas de aquel mar. Se pasaban la carta por medio de una cuerda y en cada barco la consultaban el piloto y los marineros. Medíamos el tiempo con relojes de arena que fabricaban en Venecia, y como eran muy frágiles se rompían a menudo, por lo que llevábamos más de veinte en la nao capitana.

Acababa de ponerse el sol cuando una tarde Martín Alonso subió a la popa de su navío y con grandes voces llamó al Almirante para decirle que veía tierra. Él cayó de rodillas dando gracias a Dios; lo mismo hicimos todos, cantando el “Gloria in excelsis Deo”. Pasó la noche y al llegar la mañana se echaron al agua muchos marineros, yo entre ellos. Había muchos dorados y otros peces, pero nada de tierra, por lo que volvimos desilusionados a la nave. Pues a la luz del sol, vieron los de los barcos que no era tierra, sino nubes, y así se acabó la alegría.

Para consolarme estuve pescando dorados y, aunque sólo conseguí atrapar uno, lo repartí con mi amigo el Cojo. Tomé un rabo de junco que guardé como recuerdo; con estas cosas procuraba olvidar que llevábamos casi un mes de camino, que iba terminando el de septiembre y habían pasado más de dos desde que salimos de Palos. Algunos marineros llevaban aparejo de pesca y aprovechaban el descanso para tomar algunos peces, con lo que olvidaban su disgusto. Por si fuera poco, eran los piojos y pulgas que llevábamos comunes a todos, pues mientras ellas saltaban por las tablas, ellos se criaban entre nuestras costuras. En cuanto a las chinches, ocupaban todos los rincones.

Improvisábamos los mozos corridas de toros, como se hacía en Sevilla, y hacíamos peleas

de gallos con los que llevábamos para comer. Dábamos funciones de teatro y concursos de poesía que eran dignos de ver, por lo bastos. Mientras, el cocinero tocaba la guitarra y cantaba romances para olvidar las penas. Para matar el tiempo jugaban otros a los naipes y con dados que algunos trucaban. A ratos me traía mi amo como a un zascandil, despabilando los faroles y alimentando el fogón; él cuidaba de los víveres cada vez más escasos y al repartir las raciones daba primero de lo más añejo.

Solía yo llevarle recados al Almirante; era su cámara pequeña, con una mesa, una silla y un taburete. En un rincón estaba el arca con los enseres de escritorio y el servicio de mesa, y en otro un lavamanos y una cama corriente. Me mandaban poner en cubierta una mesa aparte con mantel para los oficiales, el capitán y el piloto; estaban ya los manteles sucios y el bizcocho deshecho, no viéndose en los platos más que pellejos y huesos mal cocidos. En cuanto a los marineros, se sentaban donde podían; repartía yo con los pajes la comida y el vino, dando el agua por onzas, como en las boticas. A los mozos nos daban un poco de tocino por la mañana, y a mediodía una poca de carne cocida con una brizna de queso. Teníamos mucha sed y, como bebíamos la ración de agua de una vez, quedábamos secos hasta el día siguiente.

Para hacer de vientre había que ir a las letrinas de proa. Lo mismo nosotros que el capitán lo hacíamos en público, sin ninguna vergüenza, y nos veíamos todos sentados en la tabla, como antes nos vimos en la mesa. Era una tabla con agujeros a la que llamábamos jardín; el único asidero era agarrarse a alguna cuerda haciendo reverencias al cielo, y había que sujetarse bien si no queríamos ir a dar de comer a los peces.

Todas las noches oíamos pasar pájaros, pero de tierra no había nada y la gente ya no lo podía soportar. Todos se lamentaban de aquel viaje sin pena ni gloria, de forma que faltó muy poco para que se organizara un motín. Pero a pesar de todo la vida seguía y yo continuaba encendiendo el fogón, al que llamábamos la isleta de las ollas. Suspiraban unos por las uvas albillas de Guadalajara, otros por las guindas de Illescas o por los nabos de Somosierra. Así íbamos todos eructando deseos y cosas inalcanzables, pues pedir de beber en medio del mar era morir de sed, que daban el agua gota a gota, después de hartos de cecina y de cosas saladas. Me enseñaron los otros muchachos a decir el padrenuestro, el avemaría, el credo y la salve; por la noche salía yo a leer la doctrina cristiana y, cuando entraba a velar la ampolleta, decía:

-”Bendita sea la hora en que Dios nació, santa María que lo parió y san Juan que lo bautizó...”

De ahí en adelante los párpados no se podían sostener y cada cual se echaba donde podía. Ibamos todos, mozos y viejos, pegados los unos a los otros, y si uno eructaba, otro descargaba las tripas o soltaba el viento, pues las ordenanzas de la nave lo consentían todo.

Un jueves tuvimos la mar muy revuelta, más que en todo el viaje. Me iban las arcadas a la boca y las ganas de vomitar, como si fuera la muerte chiquita. Otros hallaron cañas y palos en el agua y hasta encontraron un palillo labrado. Era once de octubre y después de haberse puesto el sol iba delante la carabela Niña, que era más velera que la nuestra. De pronto, sin saber cómo, estando el Almirante en el castillo de popa a las diez de la noche vio lumbre, aunque no se atrevía a asegurar que fuera tierra. Miraba yo el fuego aquel y vi que brillaba varias veces, como una candelita de cera. Dijimos la salve como solíamos, que si Dios y los santos miraran nuestros tonos y voces, no nos conviniera pedir misericordia con tal desconcierto de alaridos.

Nos mandó el capitán que hiciéramos guardia en el castillo de proa y miráramos bien, pues al primero que divisara tierra le daría como regalo un jubón de seda, aparte de los diez mil maravedís



que habían prometido los reyes. Los mozos, en turnos de cuatro horas, tuvimos el encargo de vigilar la ampolleta y darle vueltas, marcando las veces que giraba en una pizarra, para saber el tiempo que pasaba. Y para demostrar que no dormíamos, entonábamos una cantinela:

”Buena es la que va, mejor la que viene,  
ah de proa, alerta, buena guardia tengáis”.

Los de proa contestaban con un grito o gruñían, dando a entender que no dormían tampoco. Así, tres horas después de medianoche estuve yo seguro de que veía tierra, aunque ya otro lo había anunciado. Estaba tan excitado que empecé a dar voces como un loco y tuvieron que sujetarme. Amainaron las velas, quedando las naves con la vela grande y así hasta el viernes, en que llegamos a una isleta. A mí me pareció un gran día, pues habíamos logrado alcanzar las Indias por el mar Atlántico, dando fin a aquel largo viaje.

\*\*\*

Llamaron a aquella isla Guanajaní y hallamos en ella mucha gente desnuda. Bajé yo a tierra con el Almirante y otros compañeros; también bajaron algunos de las otras naves, con sus capitanes y con un escribano, que levantó acta de la posesión de aquellas tierras. Llevaba el Almirante la bandera real y los otros dos capitanes una bandera cada uno, con las iniciales de los reyes. Hallamos árboles muy verdes y agua fría y sana, lo que nos alegró, pues la habíamos bebido en el camino oscura y cenagosa, además de caliente, que había que taparse las narices antes de llevarla a la boca. El vino que llevábamos era ácido, estaba aguado y, además, era poco y podrido.

Mandó el Almirante que saltaran todos a tierra; había que ver abrir cajas con tanta prisa para sacar camisa limpia y ropa nueva con que ponerse muy lucidos. Tomó Colón posesión de la isla en nombre de los reyes y quedó todo puesto por escrito. Ibamos tan alegres que apenas podíamos hablar y todo lo admirábamos, como si fuera lo primero que veíamos en el mundo. Mandó el Almirante que repartiéramos algunas cosillas entre aquella gente y se trajeron de las naves bonetes colorados y cuentas de vidrio, que ellos se ponían muy contentos al pescuezo. Eran cosas de poco valor, pero como brillaban, nos las quitaban de las manos como si fueran maravillas. Andaba junto a mí el marinero lisiado y mi amo lo miraba mal, como si fuera a ganarse demasiado mi voluntad; pero a mí me divertían mucho las cosas que contaba y las muecas que hacía, poniendo en blanco el ojo que tenía medio perdido.

Quedaron los isleños tan amigos nuestros que muchos llegaban a los barcos nadando. Traían papagayos y rollos de algodón en ovillos; a cambio les dábamos cuentecillas de vidrio y cascabeles. Me parecieron gente muy pobre, pues andaban desnudos como su madre los parió, y llamó mi atención una morenilla que estaba en cueros como los demás, con unas teticas pequeñas como manzanas. Había muchachos más jóvenes que yo, con cuerpos muy bien hechos y lo mismo las caras. Tenían el cabello corto, fuerte y brillante; sólo unos pocos lo llevaban tan largo como si nunca se lo hubieran cortado. Yo no dejaba de observar a la moza, que era casi una chiquilla.

Iban algunos pintados de amarillo, otros de blanco, unos sólo la cara y algunos todo el cuerpo. No parecían conocer las armas, pues cuando los marineros les mostraron las dagas y cuchillos, ellos los tomaban por la hoja, cortándose con ellos. Por lo que vi, sólo usaban en sus armas dientes de peces y otros animales. Eran algunos más altos que nosotros y llevaban cicatrices por todo el cuerpo. Nos dijeron por señas que llegaban gentes de otras islas para llevárselos cautivos y los herían; aunque no conocían nuestra lengua sabían muy bien lo que queríamos decir, pues parecían ser muy listos. Decidió

el Almirante llevar a seis de ellos cuando volviéramos a España, para que aprendieran nuestro idioma y dieran fe de que decíamos verdad.

No hallamos ninguna fiera por allí, sino tan sólo papagayos y otras muchas aves. Cuando el sol se ponía, volvimos a las naves; salieron dos pajes a cubierta con aquellos paños que llamábamos manteles, tan sucios ahora que parecían trapos de fregar. Pusimos en la mesa unos montoncillos de bizcochos deshechos, tan pardos que parecían estiércol. Después colocamos los platos de palo y dentro unos huesos de caña de vaca sin tuétanos, con algunos nervios mal cocidos que daba asco verlos. Toda la gente marinera se sentó en el suelo, dando la espalda al capitán. Uno echaba los pies hacia adelante, otro las piernas hacia atrás, éste se sentaba en cuclillas, aquel recostado, y sin esperar bendición sacaron los caballeros de la tabla redonda sus cuchillos de distintas hechuras, algunos hechos para matar cerdos y otros para cortar bolsas. Cogían con la mano los pobres huesos y los iban pelando de sus nervios y cuerdas, como si toda la vida se hubieran dedicado a la anatomía en Sanlúcar o en Sevilla. En un credo los dejaron más lisos que el marfil, con el hambre que los buenos sucesos y el mucho andar les había dado.

Como era costumbre, nos saludamos por la mañana unos navíos a otros a voz en grito, al son del silbato, dando los buenos días en tan buen tono que taladraba las orejas. Estaba amaneciendo cuando bajamos de nuevo a la playa y llegaron algunos muchachos de la isla, con los cabellos tan sedosos como crin de caballos. No eran negros, sino morenos como las gentes de Canarias; tenían grandes ojos y frentes despejadas y altas. Ninguno tenía barriga, como ocurría con nuestros marineros, y sus piernas eran más derechas que las nuestras. Esta vez no pude ver entre ellos a ninguna mujer. Venían en largas canoas hechas de una pieza con cortezas de árbol, labradas maravillosamente, algunas tan grandes que podían llevar más de cincuenta hombres. También las había pequeñas, como para uno solo, y navegaban muy deprisa, remando con palas de madera. Y si volcaba alguna barca, la enderezaban en seguida y la vaciaban con calabazas.

Iba atento mi amigo el Cojo por si llevaban oro; si alguno llevaba un trocillo colgado de la nariz, él procuraba sonsacarle de dónde lo había cogido. Le dijeron por señas que más al sur había un rey que tenía mucho, pero no conocían el camino y había prohibido el Almirante que nos moviéramos de allí. Al parecer, los hombres del norte venían tan sólo a combatir; eran los otros los que tenían el oro y las piedras preciosas.

Se había empeñado mi amigo en enseñarme el arte de la magia y juraba que por este medio podría hallar el oro dondequiera que estuviese. Llevaba una bolsa llena de pequeños amuletos que le servían de protección y sobre todos apreciaba un sello con su signo astrológico, impreso en una piedra traslúcida. Decía que con él compensaba los efluvios astrales, y antes se hubiera dejado robar su pata de palo que perder aquel talismán. Estuvimos juntos visitando la isla, que parecía grande. Tenía en el centro una laguna donde iban muchos arroyos, pero no vimos ninguna montaña, y eran tan inocentes sus habitantes que aceptaban hasta trozos de cuencos y vasos rotos.

No quería perder el Almirante mucho tiempo, pues deseaba llegar cuanto antes a la isla de Cipango. Cuando vino la noche, los naturales se fueron con sus barcas y nosotros volvimos a las naves. Cenamos tan mal como solíamos, vaca salada y tocino rancio, que, además de ser poco, estaba más quemado que asado. De forma que puesto en la mesa era asqueroso de ver, duro como el diablo de masticar, indigesto como piedras para digerir y dañino para hartarse de ello, si hubiéramos podido. Rezamos y cantamos como todos los sábados y, fijada la guardia, los otros nos fuimos a dormir.

Amaneció el domingo y mandó el Almirante revisar las naves y las barcas de las carabelas. Cuidaban los carpinteros de las bombas de achique, y cuando todo estuvo dispuesto fuimos a ver el otro lado de la isla. Encontramos dos o tres poblados con gentes parecidas a las de la víspera; por señas decían que veníamos del cielo, llevándonos de comer y beber. Hombres y mujeres alzaban las manos como si dieran gracias y vimos a lo lejos muchas mozas desnudas. Se alteró mucho mi compadre, pues se había propuesto arrancar un cabello de una joven virgen para poder enamorarla. Aquel día me regaló una pequeña bolsa verde, que según dijo contenía el corazón de una paloma y los ojos de un sapo, todo puesto a secar. Me recomendó que la llevara junto al pecho izquierdo y aseguró que me protegería de todo mal.

Dimos la vuelta a la isla. Vimos tantas tierras que cada una nos parecía la mejor, todas cubiertas de árboles y tan verdes como lo estaban en España en abril y mayo. Sus habitantes nos decían por señas que no podían contarse aquellas islas, pues eran más de cien. Vimos que se hacían la guerra entre ellos, aunque con armas muy sencillas. Por cada una que pasábamos, el Almirante tomaba posesión de ella para los reyes. Eran estas playas muy lisas, sin rocas, mas con algunas peñas bajo el agua, por lo que había que abrir bien los ojos para no encallar. Pero eran allí las aguas tan claras que podíamos distinguir el fondo.

Como en la nave no había mucho que hacer y nada que negociar, la mayor parte del tiempo la ocupábamos en contar novelas y decir boberías. Presumían algunos de sus familias, alababan sus pueblos y eran en general más mentirosos que la luna. Una mañana distinguimos en la mar a un hombre solo en una barca. Le dimos de comer pan y miel y él nos dio unas hojas secas que parecía apreciar mucho. A cambio, le regaló el Cojo un manojillo de las que él llevaba y unas cuentas de vidrio medidas en un hilo.

Llegamos a una isla muy grande que llamamos Fernandina y pensamos que quizá fuera allí donde el rey Salomón conseguía todo el oro que tenía. Parecía aquella gente más civilizada, pues usaban mantas de algodón y llevaban sus mujeres una pequeña pieza de algodón por delante, cubriendo apenas su naturaleza. Sembraban y recogían su maíz y pescaban peces tan grandes y disformes que causaban asombro. Vimos muchos de ellos: los había amarillos, azules, colorados y de muchos tonos y colores, y hasta vimos ballenas. Pero no hallábamos fieras en la tierra, ni siquiera cabras, ovejas ni ningún animal que sacrificar, de los que vemos en España.

Fue entonces cuando dijo el Almirante que eran indios aquellos nativos. Un día llegamos a un magnífico puerto que tenía en su centro una isla; aunque eran sus entradas estrechas, por dentro era tan ancho que podía acoger a más de cien navíos. Vimos plantas y árboles muy raros y encontramos en la isla algunas aldeas con casas muy limpias y barridas. Entramos en algunas y vimos que eran sus camas como redes de algodón. Eran casas muy altas y tenían buenas chimeneas, pero no hallamos en ellas población masculina que tuviera más de quince años. Me hizo gracia la cosa, pues llevaban las mujeres casadas bragas de algodón y en cambio las mozas no llevaban nada, lo que empezaba a ponerme nervioso. Pero tenían aquellos indios grandes perros mastines y no llevaba yo ganas de provocarlos. Hallamos a un anciano que llevaba puesto en las narices un gran trozo de oro, grabado con letras misteriosas, las cuales dijo mi compañero que eran mágicas, aunque ni por asomo las entendía. No pude evitar que entre él y otro le quitaran el oro por la fuerza, aunque lo había prohibido el Almirante, y a cambio no le dieron lo que pedía.

Volvimos a los barcos y navegamos toda la noche sin apartarnos mucho de tierra, pues estaba

muy oscuro. Llevaban algunos unas hamacas que les dieron los indios y las colgaron para dormir en el castillo de proa o en la bodega. Todos se mareaban, pues con esto aumentaba el balanceo de la nave. Durante el tiempo que pasamos en aquellas islas llovió mucho y casi siempre estaba el cielo nublado. Por fin llegamos a otra isla que llamó el Almirante Isabela, en memoria de nuestra reina; había un olor muy suave allí, a causa de las muchas flores y de los árboles de especias. Nos costó trabajo saltar a tierra, pues estaba todo el fondo cubierto de piedras. Hallamos un poblado con una sola casa, aunque muy grande, y estaba vacía, como si hubieran huido por temor; y aunque habían dejado allí todas sus cosas, no permitió el Almirante que tocáramos nada. Caminando encontramos unas grandes lagunas, tantos papagayos que oscurecían el sol y muchas hierbas olorosas, que recogía mi compañero para adobar sus cocimientos mágicos.

Pude matar una serpiente y le arranqué el cuero con mucho trabajo, pues tenía la condenada siete palmos de larga, aunque las había mucho mayores en aquella laguna. Conocí entonces una materia que llamaban lináloe, de la que recogimos algunos quintales para llevarlos a los reyes. Pero no hablaba el capitán más que de la isla de Cipango, donde esperaba encontrar al Gran Kan, ya que tenía que entregarle unas cartas que los reyes le dieron y recoger una respuesta para llevarla a España.

Era la comida que quedaba en el barco maloliente y corrompida; y aunque hubiera muchos pucheros, ollas y asadores puestos al fogón, no se hallaba nada apetecible que guisar. Por eso tratamos de cazar alguna de aquellas aves, pero no era de buen sabor. Dormíamos vestidos y calzados; si el compañero había cenado castañas o rábanos podridos se escapaban cuescos, y había que hacer oídos sordos y taparse las narices. Salía el agua de la bomba oliendo como el diablo y había en la nave piojos tan grandes que al marearse vomitaban pedazos de grumete. A esto acompañaba gran volatería de cucarachas y gran abundancia de ratones, que algunos parecían jabalíes. Nadie estaba obligado a descalzarse ni a quitarse el jubón para irse a acostar, pues no había en todo el barco mejor cama que las ropas de cada uno.

Por entonces ya me apreciaba el Almirante por mis buenos servicios, llamándome muchas veces y haciéndome encargos; así yo presumía ante todos, tanto grumetes como pajes. Pensó en llegar a una isla que llamaban los naturales Cuba, que él pensaba fuera Cipango por las señas que aquellas gentes daban de sus muchas riquezas. Nos dijeron por señas que había hasta allá como día y medio en sus canoas y que hallaríamos mucho oro y grandes perlas.

Llegamos a Cuba un domingo a últimos de octubre; entramos por un río muy hermoso y sin ningún peligro, que tenía en sus márgenes muchos árboles, flores y frutos. Las aves y los pajarillos cantaban allí muy dulcemente y había gran cantidad de palmas distintas de las de Canarias, con hojas tan grandes que cobijaban debajo las casas.

Saltamos varios a las barcas y llegamos a tierra, donde hallamos dos casas que parecían de pescadores y estaban vacías. Vimos un perro que nos ladró y muchas redes de hilo de palma, anzuelos de cuerno y otros aparejos de pescar, como si se juntara mucha gente en la misma casa. Pero tampoco esta vez el Almirante nos dejó tocar nada, así que volvimos a las barcas y subimos por el río. Era la isla más hermosa que habíamos visto, con ríos muy hondos y montañas muy altas, tan grande que se necesitaban muchos días para rodearla en canoa. Nos dijeron que había allí minas de oro y muchas perlas; debía ser cierto, porque vimos almejas que eran señal de ellas. Buscando al rey fuimos navegando hacia poniente; eran los poblados sin calles, con las casas en desorden pero todas muy limpias, hechas con hojas de palma. Pero estaban vacías, pues al vernos huían sus gentes. Tenían estatuas muy bien labradas con forma de mujer, quizá para adorarlas.

Cuando volví al barco me recibió con grandes voces el cocinero, diciendo que le habían robado unas longanizas que llevaba. Era verdad, pues al bajar a tierra las llevé escondidas en el jubón; aunque no pude comerlas, porque estaban llenas de gusanos y tuve que tirarlas al río. Yo le dije que quizá los ratones se las hubieran comido, pues roían de todo, hasta cinturones de cuero y pañuelos de nariz. Con estas razones pareció sosearse y me dejó tranquilo por aquella noche.

Como no me podía dormir estuve un buen rato hablando con el Cojo. Me preguntó si había llevado el amuleto a la isla y le dije que sí, pero no había encontrado ninguna mujer. Me mostró una hierba que llamó “vergonzosa”, para curar la enfermedad de Francia, y unos sapos vivos que había cogido para sanar las herpes. Llevaba en su equipaje el pene de un mono para el dolor de muelas y otras porquerías por el estilo. Toda la noche anduvimos a barlovento; cuando al día siguiente tomamos tierra no hallamos el oro, pero sí a un hombre con un gran pedazo de plata colgado a la nariz. A todo esto, pensaba el Almirante que ya estábamos en tierra firme, porque de tiempo en tiempo venían ráfagas de frío.

Habíamos tomado todos confianza en el barco; el cocinero nos contó que había pretendido a una casada en Huelva, por lo que tuvo que salir por pies. En estas cosas pasábamos el rato; todos estaban de acuerdo en que a la mar no se iba por voluntad, sino por negra necesidad. Algunos navegaban para descargar su conciencia y otros por defenderse del hambre, pues la mar a nadie convida ni engaña a nadie para que entre en ella.

Estábamos un día cazando avecillas cuando se presentó un indio con dos manojos muy grandes de canela, que es muy apreciada en España. Otro nos enseñó oro y perlas, y un viejo nos contó que en un lugar llamado Bohío las llevaban en las orejas y en el cuello, así como en piernas y brazos. Nos dijeron que había hombres con un solo ojo y otros con hocicos de perro; que cuando capturaban a alguien lo degollaban, le sorbían la sangre y le cortaban la natura, a lo que el Cojo comenzó a hacer aspavientos. A todo esto nos tocaban y besaban las manos pensando que veníamos del cielo, y nos daban de comer todo lo que tenían.

Continuamente los aguaceros nos mojaban y remojaban, pero todo lo teníamos por bueno mientras no llegaran los huracanes. Permanecían los aposentos del barco tan cerrados, oscuros y malolientes que parecían tumbas de difuntos; para tener una idea de la estrechez en que dormíamos, entraban cuatro personas en una camarilla con tres palmos de alto, de forma que ni un mozo en los puros huesos podía rebullirse. Eran los suelos negros y más las paredes. Siempre que cambiaba el aire se cambiaban las velas; cuando arreciaba había que bajarlas y cuando aflojaba se subían.

Llegamos a una isla que llamaban Babeque, donde, según los indios que llevábamos, la gente cogía el oro con candelas de noche en la playa. No encontramos el oro, pero el Almirante tomó una canoa con seis mujeres, seis muchachos y tres niños, para llevarlos a España con los que ya teníamos. Supe entonces que nadie podía llevar en las naves una mujer para sí, casada ni soltera, aunque fuera la suya, pues si lo hacía sería probada por todos y por todos servida. Por eso, la cristiana que se atrevía a entrar en un barco era más amiga de la caridad que de la castidad; que aunque uno solo la hubiera embarcado a su costa, ella daba placer a todos en la galera. Aquella noche llegó a bordo en una canoa el marido de una de las indias que tomamos y rogó que lo dejáramos acompañarla, pues era el padre de los tres niños. Quedaron todos muy contentos al verlo, pues debían los otros ser parientes, aparentando el hombre unos cuarenta y cinco años.

Hacía frío por entonces; por eso no seguimos navegando hacia el norte. Me dijo el cocinero que no anduviera descalzo por la nave ni durmiera de noche con la cabeza descubierta, pues a los pies les

haría mal la humedad y a la cabeza el sereno. En todas las tierras donde entrábamos, ponía el Almirante una cruz. Un día hallamos flotando dos maderos muy grandes, uno más largo que otro y cruzado formando una cruz, de tal forma que un carpintero no los hubiera hecho más proporcionados. Veíamos a los indios pescando grandes caracolas, y aunque encontramos muchas ostras no tenían perlas, por lo que pensamos que no era tiempo para ello. Vimos un pez que sacaron los indios y parecía un cerdo, con una concha muy dura, sin tener nada blando sino los ojos y la cola y un agujero debajo de ella para expulsar sus necesidades. El Almirante lo mandó salar para llevarlo y mostrárselo a los reyes.

Ponían las tempestades entre los marineros más temor que la muerte misma y no se hablaba de otra cosa. Si algo se olvidaba o perdía en la nave jamás aparecía, pues quien lo había hurtado prefería echarlo al agua antes de pasar la vergüenza de devolverlo. Tan sólo los piojos eran comunes a todos, se alimentaban entre todos, y si alguno echaba mano al pescuezo había más piojos allí que dineros en la bolsa.

Hallamos en una de las islas nueces grandes de Indias, ratones muy grandes y cangrejos grandísimos. Mandó el Almirante poner la gran cruz que había mandado hacer con los maderos que encontramos, a la entrada de un puerto que llamó del Príncipe. Partimos antes de que el sol saliese, navegamos todo el día y toda la noche y, viendo que el mar se alteraba, tuvimos que volver al mismo puerto. Hacía tanto estrago la fuerza del mar, que uno tomaba color de difunto y empezaba a dar el alma a Dios. Se echaron dos anclas y buenas amarras; quedamos aquella noche en el agua, haciéndome la marea descomer todo lo que había comido. Y aunque con la camisa sucia y vomitada, tenía que tener paciencia hasta salir a tierra a lavarla, o que se cayera de podrida.

Este día se apartó Martín Alonso Pinzón con la carabela Pinta, por codicia y contra la voluntad del Almirante. Navegamos de nuevo y tomamos tierra varias veces, viendo grandes arroyos con muy buena agua, donde por fin me pude lavar. Lucían en su fondo algunas piedras con manchas del color del oro y mandó el capitán recoger algunas para llevarlas a los reyes. Pensaba que era ésta la tierra que los indios llamaban Bohío, donde vivían los caníbales que según los naturales no tenían más que un ojo y cara de perro. Pero todos pensábamos que en eso mentían, y que era aquel el señorío del Gran Kan.

Hallamos un río tan ancho que podía entrar en él una galera entre arboledas, con agua clarísima; pero no quiso el Almirante detenerse más, pues urgía seguir para ver todas las tierras que pudiéramos. Saltamos por fin a tierra y hallamos dentro de una casa la cabeza de un hombre, dentro de un cestillo colgado de un poste. Pensamos que sería de alguien importante o de un antepasado de los que vivían en la casa. Estuvo el Cojo haciendo exorcismos y todos nos tranquilizamos.

Así llegó el mes de diciembre, siempre lloviendo mucho y con el viento contrario. Asentamos una cruz grande en un puerto que llamamos Puerto Santo y navegamos a lo largo de las costas, donde vimos muchos indios en canoas muy grandes y labradas. Pero te robaban en cuanto te descuidabas, desde el pan y el vino hasta los sayos y jubones, y si no llevabas atada la bolsa era como pensar que la habías dejado olvidada en Sevilla.

Indicó el Cojo que sería conveniente para nuestros estómagos coger en aquellas islas algunas plantas aromáticas como el benjuí o el estoraque, y también ámbar y áloe. Pues había tal hedor en la sentina, que no teniendo nada bueno que oler podía desmayarse el más pintado. Unos marineros mataron una tortuga y la izaron a la nave, repartiendo trozos de su concha entre los isleños que llevábamos. Qué distinto era aquel respeto que teníamos por ellos a lo que sucedió después, pues los españoles que llegaron luego no respetaban nada. Los marineros que más tarde vinieron, si salían a tierra talaban los montes y agotaban la caza; no había moza que no sonsacaran ni mujer que se quedara sin retozar. Pero era el primer

viaje del Almirante y, al menos en éste, fue muy considerado con los indios. Por fin los vientos nos fueron favorables, partimos de Puerto Santo y al salir el sol vimos un cabo que luego supimos que era el último de la isla de Cuba.

Más tarde hallamos una isla muy grande que los indios llamaban Bohío y nosotros bautizamos como La Española. Eran las noches casi de quince horas; vimos muchos fuegos por la noche y de día muchos humos como atalayas. Era ya lunes, a diez de diciembre. Por entonces hablábamos mucho de mujeres. Contó el carpintero que había conocido a una en un barco portugués, muy enamorada, muy bien equipada de ropas y con hermosas joyas que había conseguido con su oficio. Llevaba con ella a su amigo y rufián; y aparte de darle su persona, le regalaba todo lo que tenía. Al pasar por una isla portuguesa saltaron a tierra, embarcando por equivocación en dos naves distintas. Como ella no se acostumbraba a dormir sola se hablaron por señas desde los navíos, pidiendo él que lo transbordasen por medio de una cuerda. Así lo hicieron: él entraba y salía en el agua sorbiendo muchos tragos contra su voluntad, mientras ella se santiguaba y metía prisa a los que tiraban de la cuerda. Lo subieron muy remojado y en seguida ella le dio una camisa seca, ante las bromas y risas de todos.

Cada día entendía más a nuestros indios y ellos a mí, por lo que supe que tenían mucho miedo a los caníbales. Hasta ellos miraban al Cojo como a una cosa rara, pues todos los días al salir el sol decía palabras en hebraico y sacaba sus amuletos de una bolsilla de paño encarnado, mientras pronunciaba sus galimatías. En una isla tomaron los nuestros una mujer y la trajeron; como era moza y muy hermosa mandó el Almirante que la vistieran, pues se nos salían los ojos de la cara. Para volver a tierra la acompañaron varios marineros; no sé qué cosas le harían que la pusieron tan contenta, pues quiso volver a la nave. Traía un pedacito de oro en la nariz y, en vez de los pájaros de siempre, se oyeron durante aquella noche los pasos de los marineros que bajaban a la bodega a festejarla. A mí no me dejó el Cojo, pues decía que la moza me daría el mal fario. Al día siguiente la desembarcaron de nuevo y vimos venir a muchos indios trayendo a hombros al marido de aquella mujer, pues quería dar las gracias a los cristianos por haberle dado tantas cosas y por la honra que le habían hecho.

Anduvimos varios días de acá para allá, entrando por ríos y volviendo de ellos. Mordían las alimañas a la tripulación mientras dormía; a mí me mordieron una oreja y en una pierna. Era mi colchoncillo muy pobre, pequeño y duro, relleno con lana de perro y lleno de vómitos por mi mala disposición, por lo que la miseria me comía vivo. “Es la tierra para los hombres y la mar para los peces”, me decía yo, pues en cuanto a la mar, me parecía mejor mirarla que vivir en ella. Cuando me quejaba a mi amo por la poca comida que me daba, él me contestaba que en tiempo de tormenta era peligroso comer, pues si hubiera ido relleno y borracho, en dos arcadas hubiera echado la comida y en la tercera vomitaría hasta el alma. Pero él guardaba como oro en paño sus ristras de ajos y sus alcuizas de aceite, y rebañaba todo lo que podía.

Debía estar toda la gente de aquellas tierras muy perseguida, pues en cuanto nos veían salían huyendo y hacían humo en sus atalayas para avisar a los demás. Plantaban unas raíces como zanahorias para hacer el pan, las rayaban y amasaban luego. Todos creían que veníamos del cielo, que el reino de nuestros soberanos no era de este mundo. Mientras, no teníamos en las naves más entretenimiento que jugar y jurar, sin que oyéramos más música que la guitarra de mi amo, el viento gimiendo y el oleaje del mar. Por la noche, los cantos de los grumetes y los pajes diciendo a voz en grito:

“En el fondo de la mar hay una llave dorada,  
la mujer del marinero vive muy enamorada”

A lo que otro contestaba:

“Marinero, sube al palo y díle a la madre mía  
que se acuerde de aquel hijo que navegando tenía...”

Era toda aquella comarca tan húmeda que hasta se enmohecía el hierro. Anduvimos cazando con los indios que nos trajeron flechas de las que usaban los caníbales, muy largas, hechas con palillos agudos y tostados; pero los únicos animales que encontrábamos eran lobos marinos que parecían puercos de bellota. Nos mostraban los hombres que les faltaban pedazos de carne en el cuerpo y nos hicieron entender que los caníbales se los habían comido a bocados. Pero con todo estaba yo tranquilo, pues no había allí madre que me zurrara ni maestro que quisiera enseñarme. Allí no podían excomulgarte los obispos ni echarte de la iglesia los curas; nadie confesaba ni comulgaba en aquella cofradía, pues sólo sabían jugar y trajinar. Si alguno moría no tenía que recibir la extremaunción ni pagar al sacristán ni al cura por el enterramiento, ni a los frailes la misa cantada, ni al alcalde la sepultura. No costaba dinero la mortaja, pues cuando algún desventurado moría lo enterrábamos en una playa o se lo echábamos de comida a los peces. Lo único que teníamos de cristianos era que en las tormentas nos poníamos a rezar; pero cuando pasaba el peligro nos sentábamos a hablar y hasta a renegar, contando con risas las promesas que habíamos hecho.

En una de las islas que tocamos llegó el rey con más de doscientos hombres, y cuatro lo traían en andas. Entraron en la nave; el rey se dirigió al castillo de popa donde almorzaba el Almirante, sin darle tiempo a salir, ni siquiera a levantarse de la mesa. Iba con el rey un hijo que tenía, a lomos de un indio; éste nos dijo que había más lejos una isla que era toda de oro, y había tal cantidad que lo fundían para hacer toda clase de utensilios. Llamaban a este rey en su lengua cacique y, sentándose con el Almirante, comieron los más principales carne de vaca salada y un poco de queso.

Solía decir el cocinero que era el mar una mina donde unos pocos se hacían ricos y un cementerio donde casi todos acababan enterrados. Con tan jugosa compañía iba yo cada vez más impuesto en el habla marinera y por él supe que aquel mar en el que estábamos se llamaba Caribe. Me enseñó que tenerse a la banda era acostarse todos de un lado y dar carena era renovar una nave. Decía que era la mar naturalmente loca, pues cambiaba cada cuarto de luna, siendo además capa de pecadores y refugio de pillos.

Hallamos por entonces un puerto que tenía cinco leguas de fondo; venían tantos indios entre hombres, mujeres y niños que cubrían la tierra. Traían agua en calabazas y panes muy blancos y buenos, que falta nos hacían, así como algunos cántaros de barro como los de Andalucía. Eran ellas quienes primero llegaban, ofreciendo muchas clases de frutas que desconocíamos, dando voces para que nos quedáramos. Hice yo provisión de aquel pan, aunque sabía que tendría que repartirlo con los compañeros del barco, pero era aquel un mal necesario, como la mujer. Supe que se llamaba el rey de aquella tierra Guacanagari y conmigo le envió al capitán un cinturón con una máscara de oro.

Recuerdo que era el día de Navidad. Para pasar de proa a popa había que agarrarse de unas cuerdas, ya que estaba el barco echado de barriga y el agua llegaba a mitad de la cubierta. El capitán mandó cortar el mástil y recoger todo lo que se pudo; había por allí muchos sacos, cestos, botas de vino y cacharros sueltos. Llevaban algunos sus líos de ropa, sus colchoncillos de cama, barriletes de vino y cántaros de agua. Vino después con nosotros a la carabela para poner a salvo a la gente; cada uno quería llevar sus ropas y enseres, y era muchísimo el bulto y el peso de las cosas. Llevábamos vasijas de cobre, ollas y sartenes; nuestra barca hacía tanto agua que se empapaban las mantas que iban debajo, cargando más la embarcación. Mas, a pesar de todo, no se perdió una sola aguja.

Mandó el rey de la isla vaciar una casa para colocarlo todo en ella y puso alrededor a algunos



de sus hombres armados para que las guardaran. Lloraban los suyos con él, pues amaban a sus prójimos como a sí mismos, y no como nosotros. Era su forma de hablar la más dulce del mundo, siempre con risas cuando no tenían pena, y con todo se contentaban. En cuanto a nosotros, no llevábamos figura de hombres. Marchábamos sin orden por caminos descarriados, unos por el bosque, otros por el río, y terminaba alguno por perderse.

Iba mi amigo el Cojo más mohíno que nunca, doblando sus sortilegios, pues decía que barruntaba algún mal. De un tiempo a esta parte no hablaba más que en frases cabalísticas, como si hubiera estado loco. Marchaba lleno de pergaminos, algunos colgados del cuello, e incluso los llevaba en el hueco de su pata de palo. Lo veía yo cada vez más cetrino y amarillo, sin fuerza ninguna; a veces le hablaba y él ni siquiera me entendía. Llevaba apretada en una mano una gran piedra de aguamarina, pues decía que era provechosa para su signo astrológico, que era Piscis.

Nos cambió aquel rey pedazos grandes de oro por cascabeles, pues nada le gustaba tanto. El Almirante le había dado un par de guantes y una camisa; él le agradeció los guantes más que nada. Íbamos nosotros asalvajados y zarrapastrosos, igual que mendigos; unos se encomendaban a Dios, otros a los santos y, hablando de mujeres, que no se trataba de otra cosa, todos eran suspiros. Eran algunos de los nuestros gente tan villana que reñían más con la envidia que con la espada, pues casi nadie la tenía. En cuanto al juego, se usaban unos naipes tan viejos que eran de forma ovalada, porque se les habían gastado las puntas; para que duraran más se las cortaron, dejándolos de aquella manera. Llevábamos el cuello almidonado de grasa, tan roto que parecía de hilachas. Estábamos quemados por el sol, las uñas carcomidas, las caras nada limpias, y como he dicho nos ajustábamos todos a dormir tan estrechamente, que al que topabas pensabas que eras tú mismo. Mas para todo hay remedio menos para la muerte, y era el primero y principal tener paciencia.

Muchos pidieron permiso para quedarse, por lo que mandó el capitán hacer una torre y una fortaleza con una casa muy grande. Había tablas para todo, y simientes, así como alimentos para más de un año, además de una barca. Un carpintero y un tonelero quisieron quedarse para encontrar el oro, lo que les vino a todos muy a pelo.

Hallé aquel día al Cojo pensativo, más flaco que una espina. Lo ayudé a levantar sujetándolo de manos y brazos y no fue poco poder ponerlo en pie. Estuvo cuarenta y ocho horas sin saber lo que era rebullir; cuando volvió en sí, lo hallé con cara de reo y temblores de aterciado. Sacó de la faltriquera un pañuelo muy sucio con que se solía secar el sudor, que ahora llovía de su frente como de un botijo. Así que, cubierto su rostro de aquel sudor frío y el cuerpo de mortal desmayo, lucharon en él durante dos días la vida y la muerte.

Avisé al médico que llevábamos, quien dijo que estaba moribundo, porque no conocía a nadie y tenía negras las uñas de las manos, y éstas muy frías y contraídas. Usó con él todos sus aforismos y recetas, bebidas, lavatorios y los diferentes martirios con que los médicos suelen acometer a los enfermos miserables. Por los gestos que me hacía y las palabras que pronunciaba, me pareció que el tal médico descendía de algún ciudadano de Jerusalén y tenía su casa solariega en las montañas de Judea.

Me veía yo huérfano de amigo y compañero y no quitaba la mirada de su mísero rostro, por si quería expresarme algo; pero él estaba más del lado de la eternidad que en el mundo y yo no podía dormir de puro desvelado. No obstante no murió por entonces y, un día, después de haberlo alimentado algo comenzó a respirar, de forma que le volvió el alma al cuerpo, el aliento al corazón y la sangre a las venas. Pidió de beber para echar abajo la melancolía que le quedaba; se metió la mano en el pecho, sacó una cadena de eslabones gruesos y me la dio. Por el peso y el color vi que no era de imitación, sino

auténtico oro; rogó que me hiciera cargo de ella, insistiendo en que me la regalaba. Con todo, después de una semana pudo levantarse, aunque con gran molimiento de cuerpo, dolor de cabeza y la boca, según me dijo, avinagrada.

Teníamos ya todos prisa por volver, así que bajó a tierra el Almirante para poner orden y acabar de levantar la fortaleza. Le tenían preparado un estrado de hojas de palma donde lo hicieron sentar, dándonos a todos de comer una carne muy dura aunque bien adobada. Durante un buen rato estuvimos provocando las risas de todos, acuchillando nuestras sombras y dando heridas al aire; al final, el cacique le puso al cuello al Almirante una gran plasta de oro que llevaba para la ocasión, charlando con él toda la tarde. Llegaron a comer cinco reyes sometidos a éste, llevando cada uno su corona. Guacanagari se quitó la suya y se la puso a nuestro capitán, quien se quitó del pescuezo un collar de cuentas muy buenas de lindos colores, y por honrarlo se lo puso a él. También le entregó un capuz de fina lana que vestía, así como unos borceguíes rojos que le hizo calzar. Para terminar, le colocó en el dedo un gran anillo de plata.

Yo había pensado esconder la cadena en el barco; miré por las cuadernas y escondrijos y al final creí más prudente guardarla conmigo. Como estaba cansado me dormí, y cuando desperté al amanecer vi mi hatillo abierto y que faltaba la cadena. Pregunté a varios, que no supieron o quisieron darme noticia. Estaba yo tan abrumado que apenas podía hablar, como si la lengua se me hubiera metido a monja. No pude saber quién la robó, en aquel revoltijo humano de cabezas, manos y pies; me culpé a mí mismo por ser tan poco cuidadoso, pero no le dije nada al Cojo para no disgustarlo, pues estaba convaleciente todavía.

Tomamos agua y leña para volver a España, a fin de pedir a los reyes que enviaran más navíos, ya que con el que nos quedaba parecía imprudente seguir descubriendo. Mientras, se quejaba nuestro capitán de que todos los males nos venían por haberse apartado la carabela Pinta. Era ya día uno de enero; estaban los ánimos revueltos y todos hablaban de las mozas que habían dejado en España, burlándose de las de los demás. Bajó el Almirante de mañana a despedirse de Guacanagari, encargando el mando de la isla a los tres hombres principales entre los que se quedaban. Dejamos la isla Española, que los indios llamaban Bohío, permaneciendo en ella treinta y nueve hombres en la fortaleza. A mí por ser joven y al Cojo por enfermo nos obligaron a partir, y el cocinero no se quedó porque no quiso. Allí dejamos un tonelero, un médico y un sastre, pero quedó en el barco nuestro matasanos. Y era tan animal, que para extraerle una muela a un grumete le tiró con tal fuerza que sacó parte de la mandíbula, mientras le salía un arroyo de sangre por la boca.

No había vuelto la carabela Pinta, y estaba muy enojado el Almirante con Martín Alonso Pinzón. Al amanecer del cuatro de enero levamos anclas, pasando con un poco de viento por delante de la villa que llamamos Navidad. Acompañados por los cantos, los marineros izaban las velas; y a cada estrofa que decía el mayoral otros contestaban a voz en grito, contentos de marcharse de allí:

“Vente conmigo, y serás capitana de mi barco,  
navegaremos los dos en aquel profundo charco”.

Y coreaban los grumetes:

“Madre, me voy a las Indias, madre, déme dos abrazos,  
yo quiero ser marinero porque no me gusta el campo”.

Vimos islas de arenas muy bajas y fuegos en ellas, así como pisadas de pescadores. Por fin, el día de Reyes vimos llegar la carabela Pinta, como si nos la trajeran de regalo. Se disculpó Pinzón diciendo que había partido contra su voluntad, pero ni el capitán ni nosotros lo creímos. Siguiendo el camino hallamos en la boca de un río las arenas llenas de oro, con pepitas tan grandes como lentejas y

mucha cantidad de lo menudo; pero no lo cogimos y lo dejamos para otra ocasión, pues tenía mucha prisa el Almirante por dejar en España a aquella gente desmandada.

Veíamos muchas tortugas que cogíamos para comer y bebíamos su sangre que tenía muy buen sabor. Hallamos en una isla a un hombre de muy disforme catadura, con la cara tiznada de carbón y el pelo muy largo, dentro de una redcilla hecha de plumas de papagayo. Nos dijo por señas que la isla estaba poblada por mujeres sin hombres; le dimos de comer y al rato lo aguardaban en una canoa cincuenta hombres parecidos él, llevando todos a la cabeza plumas de papagayo. Arremetieron contra nosotros y, si no eran los caribes, debían ser sus vecinos y tener sus mismas costumbres. Pues no eran tan temerosos como los de otras islas y además estaban armados con arcos y flechas. Temimos entonces por la villa de Navidad, que estaba cerca y podía ser atacada por ellos.

A todo esto seguía el Cojo con sus dolores, tristezas y dejamientos, sufriendolos unas veces con paciencia y otras con una modorra ceñuda y silenciosa. Una noche sacó un libro de memorias que llevaba dentro del forro de las calzas y me lo dio para que se lo leyera, que él ya no podía leer y quería recordar las fórmulas de sus hechizos. Al amanecer lo hallé tendido en el suelo, echando espumarajos por la boca y pronunciando con desmayo: “Jesús, que me han matado. Confesión, confesión” Por fin quiso el cielo llevarse lo que era suyo. Cuando lo vieron difunto, entraron algunos a saco en sus cosas como si hubieran sido enemigos.

Yo, después de dar voces que hubieran podido romper la bóveda celeste, quedé tan mortal que de no cerrar los dientes me hubiera salido el alma por la boca. Cuando lo tiraron al agua volví a mi llanto, con el mismo sentimiento con que se despide el cuerpo del alma. Estuve tres días sin comer ni beber, con una rara debilidad y los ojos como dos fuentes. Pero al cuarto día me apretó el hambre, pensando que mis lágrimas no lo iban a resucitar. Salí a cubierta y me quedé mirando el sitio por donde lo tiraron; pensé que a causa de la pena me engañaban mis ojos, pues vi flotando a la deriva una pata de palo. He de decir que andaba yo por entonces medio desnudo, ya que estaban rotos mis calzones y mis medias eran de carne. Es verdad que no lo mejoraban los zapatos, pues los llevaba rotos y sin suelas.

Hacían mucha agua los barcos porque los calafates de Palos los habían arreglado muy mal. Pero, aún así, pensaba el capitán llegar pronto a España para mostrar a los reyes muchas cosas, entre otras la corona que he dicho y algunos arcos de aquellas gentes, que eran tan grandes como los de Francia o Inglaterra. Eran sus flechas de más de una vara de largas, hechas con pimpollos de cañas; a la punta tenían un palo agudo como de palmo y medio, pues no conocían el hierro ni el metal.

Ya la gente comenzaba a entristecerse por desviarnos del camino derecho y por la mucha agua que hacían las dos carabelas. Para entretenerse iban jugando los hombres con los naipes que he dicho, limpios de polvo y paja pero llenos de grasa y malicia. Estaba yo como casa sin dueño, por haber perdido al único amigo que tenía. Andaba ahora el cocinero muy apurado porque en el juego no le iba bien, y soñaba con hallar la isla de las Mujeres, pero no la encontramos. Según dijeron los indios que llevábamos, una vez al año venían los hombres de otras islas a ayuntarse con ellas; si parían niño se lo enviaban a los hombres, pero si era niña la dejaban allí.

Dijo el cocinero que si lograba regresar a Sevilla pondría un mesón. Añadió que buscaría una mujer que fuera criada en la mesa, fregona en la cocina y señora en la cama, y mejor si tenía buena cara para atraer a los huéspedes. De esa forma, él despacharía su mercancía y ella la suya. Llevábamos buen tiempo y vimos el mar cuajado de atunes, buenos para las almadrabas de Cádiz. Había muchos atunes pequeños entre las ramas de juncos y en el aire alcatraces y pardelas. Mataron unos marineros un grandísimo tiburón; lo necesitábamos, pues no llevábamos de comer más que pan y vino.

Llegó el mes de febrero y yo no mejoraba, achacándolo a las aflicciones que dejó en mi espíritu el último porrazo. Se plantó en mi cuerpo una gran debilidad y pasé muchos días con tan rabiosas desazones que me vi muy cerca de los brazos de la desesperación. En fin, todo acabó en una melancolía tan honda, que no se me ponía en la cabeza idea que no aumentara la tristeza, el cansancio y la fatiga. Al final me puse en lo peor, que fue en manos del médico. Este me diagnosticó melancolía y dijo ser la causa un hechizo de amor. Aguanté todas las herejías que se pueden hacer con los histéricos y los endemoniados, y mientras el cocinero me embutía de brebajes, el físico mezclaba el hisopo y los exorcismos con los cocimientos de hierbas. Cada vez me encontraba peor; yo sabía que no eran bubas, pues ni las había heredado, ni cogido en cambio ni en préstamo semejantes cosas, que en mi corta vida nunca sentí en mi carne estos inquilinos; y menos ahora, que por desgracia no había allí nadie que me los pegara. Me rociaron de aforismos y me empaparon de esperanzas, y al mismo tiempo me purgaban con agua de achicorias, que llamaban agua angélica. Con esto me pusieron en la angustia de cagar y sudar a la vez, pues en quince días tragué más de quince purgantes. Me dejaban estas preparaciones lánguido y pajizo, tan arruinado que sólo me distinguía de los muertos en que respiraba a empujones. Les pareció poca la evacuación y me llenaron de sanguijuelas la cabeza, me pusieron otras en las orejas y por remate un buen montón de cantáridas en la nuca. Llevaba la cara empapada en mi propia sangre, que habían escupido de mi cerebro las sanguijuelas, y si intentaba mover una pierna, en cuanto la había levantado se derrumbaba de nuevo. A todo esto el cocinero decía que no era nada, y estaba yo próximo a morir.

Ibamos con la mar muy alta y una tormenta tan grande que todos llevaban el corazón en la garganta, revuelto el estómago y la cabeza desmayada. Como yo estaba peor que el peor, perdía la vista y no dejaba de dar arcadas. Nadie se acercaba a sujetarme la cabeza, como hacía mi madre cuando chico, aunque echara al suelo lo poco que había comido. Relampagueaba hacia el oeste, lo que era señal de gran tempestad. Por la noche arreciaba el viento y eran espantosas las olas, de forma que los hombres se confesaban unos con otros y hasta hacían promesas de castidad.

Ordenó el capitán que se echaran suertes y al que le tocara fuera como romero a Santa María de Guadalupe, llevando un cirio de cinco libras de cera. Para ello mandó traer garbanzos, y señalando uno con un cuchillo los metió bien revueltos en el gorro. El primero que metió la mano fue él, y sacó el garbanzo marcado con una cruz. Como le tocó en suerte, se comprometió a ir como romero. Sorteó otra vez para ir a Santa María de Loreto, que estaba en tierras del papa. Le tocó a un marinero del Puerto de Santa María y prometió el capitán darle dinero para los gastos. Después hicimos todos una promesa, que cuando llegáramos a tierra iríamos en camisa y en procesión, a rezar en alguna iglesia.

Hacía días que no veía al cocinero ni probaba sus potingues, y pensé que iría demasiado ocupado en sí mismo como para acordarse de mí. Pues lo había visto sudando y con bascas de muerte por el temor de perder la vida, tal era la tormenta que padecíamos. Hacía cosa de un mes que no veíamos tierra, si no era la que llevábamos en el fogón. Temía el capitán, más que perder la vida, que se perdieran para los reyes de Castilla todas las cosas que llevábamos. También le daban pena los dos hijos que tenía estudiando en Córdoba, que quedarían huérfanos de padre y madre. Así que, para que no se perdieran las noticias de las nuevas tierras, escribió en un pergamino todo lo que habíamos hallado y lo metió bien sellado en un barril de madera que mandó echar al mar.

Seguí por algún tiempo sin ver al cocinero, aunque no lo echaba de menos sino al revés; pues en los mejunjes que me daba notaba muy raro sabor. El quince de febrero estaba todavía el mar altísimo y después de salir el sol vimos tierra. Algunos decían que era la isla de Madeira y otros la roca de Sintra en Portugal, junto a Lisboa. Ibamos quemados por la sed y muertos de hambre, y pese a ello se asombraba

el médico de mi alivio, aunque llevaba muchas horas sin probar bocado por no tener quien me lo diera. Me miró la lengua y no estaba sanguinolenta, lo que denotaba mejoría. Después de cuarenta y ocho horas en ayunas, tomé unos tragos de caldo que me dio un marinero con unos mendrugos de pan.

Anduvimos rodeando la isla y supimos que era la de Santa María, una de las Azores. Se asombraba la gente de cómo habíamos podido escapar de la tormenta y se alegraron por la noticia de que habíamos llegado a las Indias. Trajeron al barco gallinas y pan fresco; como habíamos hecho promesa de acudir a la iglesia en camisa, se decidió que la mitad de la gente fuera a cumplirla, a una ermita que había cerca del mar. El Almirante iría luego con la otra mitad; a mí no me dejó el médico que desembarcara, pues dijo que en las enfermedades agudas, el coger humedad en las extremidades era malo y podía sobrevenirme convulsión o delirio.

Mandó el capitán a unos hombres que fueran al poblado y trajeran a un sacerdote que dijera misa, pues llevábamos muchos meses sin oirla. Salieron tres a llevar el recado, pero como iban en camisa en cumplimiento de su promesa, fue contra ellos todo el pueblo a caballo o a pie y los tomaron presos. Como no regresaban, sospechó el capitán que los habían detenido o que se había hundido su barca. Dirigió el barco hacia la ermita y vimos muchos que venían armados hacia la carabela para prender al Almirante. No se atrevieron a subir y juró el capitán llevarse a cien portugueses a Castilla a cambio de aquellos tres hombres, y despoblar toda aquella isla.

Mandó alzar velas, pues andábamos ya cansados de tantos golpes de fortuna por mar y por tierra. Seguía yo muy aliviado sin ver al cocinero por parte ninguna, pensando que quizá había bajado a la isla con los otros y estaba prisionero de los portugueses. Pero un día, que fue noche para mí aunque después lo fue de Pascua, bajando un grumete a la bodega notó sobre el mal olor natural otro añadido, que nada bueno prometía. Revolvimos entre baúles y toneles, arcones, barricas y demás bultos que allí había, y hallamos uno mucho más grande de donde venía el hedor. Llevando una luz lo alumbraron; lo primero que vimos fue un cogote amoratado y luego todo lo demás. Era el cocinero que estaba caído de bruces, ya hecho mojama, y se lo estaban comiendo los gusanos. Empecé a gritar y acudieron todos los del barco, asombrándose de que le hubiera mandado el Señor una enfermedad tan repentina y violenta. Vino con ellos el médico que no se explicaba aquel final, y como no bastaba un carro para poder menear el cadáver lo dejamos tendido en cubierta, donde se estuvo hasta que se hicieron las honras fúnebres.

Yo, tapándome las narices con un pañuelo mojado en aceite de sándalo, vi cómo el médico hurgaba en el cuerpo a la luz de un par de velas que puso sobre un baúl. Después de mucho estrujarse la sesera vino a fijar la causa de la muerte: según dijo, por tomar un brebaje que llevaba consigo para el mal de gota, al parecer había equivocado el frasco y bebió de otro que contenía una pócima mortal. Después de oler el frasquillo dijo que estaba hecha de acónito y algunas otras hierbas, muy venenosas por sí solas, pero mortales si se las mezclaba; comentó el médico que serían para acabar con las muchas alimañas que roían los alimentos en la bodega.

Quedé asombrado de lo que oía; me mostró la bolsa donde halló el frasco de las hierbas y vi en el fondo la cadena que el Cojo me dio y el amuleto de aguamarina. Entonces pensé que el cocinero me había estado envenenando, pues tal vez creía que me había dado el Cojo algún otro objeto de valor. En cuanto al amuleto que mi amigo guardaba en el hueco de su pata de palo, sin duda se lo había robado, matándolo después. Vi en lo ocurrido un justo castigo divino, aunque hubiera preferido ver al asesino colgado de una horca para escarmiento de envenenadores. O que lo hubieran echado al Guadalquivir metido en una cuba con un gallo, un perro y una víbora, como hacían con los de su calaña. Tomaron el cuerpo en volandas los más fuertes y lo echaron al mar, donde sólo podría envenenar a los peces.

Cuando llegamos a Lisboa, nos dijo la gente que habían pasado la mañana rezando para que pudiéramos llegar. Nos dieron comida fresca y, después de haber sacado el vientre del mal año, nos dispusimos a seguir. Estaba yo sin preocupación por el equipaje, pues no tenía nada que llevar, sino la cadena que había rescatado. Escribió el Almirante al rey de Portugal y al día siguiente vino una nave grande, con tanta artillería y armas como nunca habíamos visto. Sabiendo que llegábamos de las Indias, vino mucha gente a vernos, así como a los indios. Estaba allí media ciudad de Lisboa, las señoras con las caras pintadas de polvos y de coloretos. Venían tan bien rizadas y peinadas, con tantos afeites, que algunas en lugar de abuelas parecían nietas. Llegaron muchos caballeros con ropas bien forradas para defenderse del frío; recibió el Almirante una carta del rey de Portugal, en la que mandaba que nos dieran sin dinero todo lo que quisiéramos.

Vi en el puerto a muchos que aguardaban para embarcar hacia Guinea y otros lugares. Habían conseguido ya el permiso, comprado las provisiones y pagado el pasaje. Solía comerse en las naves carne durante la cuaresma, pues había que hacer luego vigilia sin tener obligación de ello, por pura necesidad. Había clérigos y frailes que iban a Guinea o a las Indias Orientales para cumplir sus tareas religiosas, comerciantes de especias y caballeros de fortuna. En los barcos se destinaba al capitán el cubículo que había en el castillo de popa y ponían de cualquier forma a los viajeros, pues siendo verano iban algunos bajo cubierta cociéndose vivos mientras otros arriba se asaban al sol, o en pleno invierno se helaban de frío por las noches. No podría imaginarse un lugar más atroz y lleno de gemidos, pues irían todos pisados y sucios, maldiciendo la hora en que salieron del puerto de Lisboa.

Partimos nosotros hacia el lugar donde estaba el rey y hallamos varios grupos de frailes que viajaban a pie, con sus báculos en las manos, mientras que algunos enfermos iban en jacas y asnillos con los alimentos y las túnicas. Se detenían en las ventas a pasar la noche, o en conventos y castillos, y en cualquier lugar donde estuvieran decían misa y predicaban. Pasamos valles, riachuelos y dehesas; vimos caballeros con buenas cabalgaduras y las bolsas llenas, y labradores con los que trabar conversación, o alguna puta vieja, corriendo la sangre por sus zapaticos. Una noche dormían los viajeros en casa de huéspedes sucia y rijosa, pero con suerte a la siguiente caían con alguna moza regocijada y limpia, con lo que olvidaban el mal hospedaje de la víspera. Pues a pie y con tiempo se llega a todas partes, aunque algún camino se reconocía, no por su trazado, sino por el movimiento de los que lo usaban. En parte estaba el sendero lleno de agua que llegaba a las bestias hasta los corvejones, y no digamos a las personas; pero aún así lo usaban paisanos a pie, junto a carretas que llevaban canastos al mercado o carros de tres caballos que usaban las familias pudientes.

El rey nos recibió muy honradamente, pero dijo que nuestras conquistas le pertenecían por el tratado que había entre España y Portugal, por lo que hubo sus más y sus menos con el Almirante. Como era domingo yo confesé, comulgué y me encomendé a Dios como si fuera buen cristiano. El lunes nos despedimos del rey que nos dio un recado para nuestros soberanos; después de comer fuimos a un monasterio donde estaba la reina de Portugal, para hacerle reverencias y que nuestro capitán le besara las manos. Nos dio gallinas para socorrer a los enfermos y nos ofreció ayudarnos a llegar a Castilla por tierra, dándonos bestias para que no marcháramos a pie. Pero llevaba el Almirante propósito de ir a Barcelona por el mar, pues allí estaban nuestros reyes y quería relatarles en persona nuestro viaje. Así que rehusamos y llegamos a la carabela por la noche; al día siguiente de mañana levamos anclas y dimos velas para llegar a Sevilla.

De esta forma dí con mi atribulada humanidad en mi tierra; había cumplido los quince en las Indias y me había dejado trozos de mi vitalidad enteros y verdaderos, corrientes y molientes en

aquellos caminos. Pero me había crecido la barba en forma tan desaforada y fuera de lugar, que hubieran podido calcularme veinte años o más. No faltó en España quien hiciera burla de nosotros, del Almirante y su viaje a las Indias, de todo nuestro descubrimiento. En cuanto a mí, me pareció más cuerdo no darme a conocer en Triana y ganarme la vida en otros barrios de Sevilla, como Dios me diera a entender. Supe luego que en los caminos de España acudían las gentes por ver al Almirante, curiosar los cinturones y objetos de oro que llevaba, así como a los indios, con sus flechas y caretas.

Mientras encontraba un trabajo más conveniente, entré en Sevilla como ayudante de un tejedor. Además de otras labores menudas hice una alfombra de diez varas de largo y cinco de ancho, una casulla, diez chupas, una cortina y otras cuantas piececillas. Pero no era yo para tales trabajos y, viendo que me iba, me puso el tejedor la mano en el hombro y dijo que podía volver cuando quisiera, pues me había tomado mucho aprecio. Me pagó honradamente lo que había hecho y me rogó que lo tuviera por padre. Yo se lo agradecí y le dije que podía serlo, pues no conocía al mío y sabía que vivía en Sevilla.

Cuando terminé aquel dinero tuve que ayunar sin ser cuaresma y hacer dieta sin estar enfermo. Me aficioné por entonces a una muchacha que tenía pocos años y muchas astucias. Llevaba todo su ajuar a cuestras y la herencia en la uña, y recibía muchas visitas de hombres con el achaque de que eran primos; yo me informé de que todos lo eran carnales, así que decidí dejar de verla. Vino a buscarme diciendo lindezas, llamándose perro judío, pero yo me disculpé alegando que había cogido una enfermedad vergonzosa y me había alejado de ella para no contaminarla. Huyó entonces de mí como del demonio, y no es mucho decir, pues yo lo llevaba en el cuerpo.

Como me apretaban los acreedores tuve que buscarme otra dama, tan melindrosa que no almorzaba caracoles porque tenían cuernos. Comía en mi presencia como un pájaro y en mi ausencia por arrobos; de tal forma empinaba el codo que los hombres le parecían gigantes, lo blanco azul y lo verde leonado. Era entre bruja y astróloga, con ribetes de hechicera y perspectivas de vidente, así que a medianoche me despertaba, diciendo que era para espantar de mi sepulcro los abejones y moscardas que sin duda llegarían a zumbarme la calavera y a roerme los huesos.

Al mes de estar en su compañía salí con la intención de meterme a cura. Ella alentó mis propósitos, pues me dijo que iba a vivir poco y era conveniente para la salvación de mi alma. Yo me despedí para siempre y le pedí que a mis cenizas, a mis gusanos y a mis zancarrones no me los alborotara, pues en la vida no me habían dejado hueso sano. Que no aspiraba a más honras ni epitafios que al olvido y al silencio y me tocaba morirme a oscuras, ser un difunto escondido y un muerto del montón.

Dejo aquí la primera parte de este largo relato de mi vida, trabajos y aventuras. A la hora en que termino este cartapacio llevo consumidos muchos días de desvelos y dolores de cabeza; y aunque todavía pueden atraparame en el camino muchos sucesos de todas las calañas, yo los acepto, pues tiene locuras el mundo y nadie hay en él que deje de alcanzar su ración.